

---

---

# EL MAESTRO

PERIÓDICO SEMANAL

DE

INSTRUCCION Y EDUCACION

---

DIRECTOR

DOCTOR JUAN ALVAREZ Y PEREZ

GERENTE

JUAN MANUEL GARCIA

---

## SUMARIO

SECCION DOCTRINARIA: Consejos pedagógicos.—El piano y la música bajo el punto de vista educativo, por Blas.—Los nidos y la utilidad de los pájaros (extracto de una lección sobre objetos.)—VARIEDADES: Un maestro de antaño, por D. Pedro Antonio de Alarcón.—Noticias escolares.—BIBLIOGRAFÍA: Educación infantil y lecciones de cosas.

---

---

## SECCION DOCTRINARIA

---

### Consejos pedagógicos

La historia de los colegios está llena de acontecimientos desgraciados por efecto de portar armas los alumnos. La juventud es inexperta, y desconoce ú olvida las precauciones que debe guardar para evitar cualquier peligro. Todo el cuidado que pongan los maestros en este particular será poco, por lo cual se hace necesario que los padres de familia les ayuden. Aun así, el mal no podrá desterrarse por completo, pero se disminuirá sensiblemente.

Los niños tienen propension natural á andar con armas: preciso es no consentirles su uso. Los corta-plumas, que son necesarios para algunas clases, como la de dibujo, deben recogerse y guardarse por el maestro cuando ya no se necesiten.

---

Los educadores pueden prestar un gran servicio á su país haciendo comprender á sus alumnos la importancia de cumplir con los deberes de ciudadano. Deben señalarles con frecuencia los males que resultan de entregar los negocios del Estado en manos de hombres indiferentes, ineptos ó faltos de honradez. Deben familiarizarlos con la ciencia de gobierno, y despertar en ellos una laudable ambición por desempeñar puestos públicos. Deben ejercitarlos en la composición y la oratoria para que puedan tomar una parte activa en los negocios públicos cuando sean hombres. Si todos los educadores hicieran esto se elevaría el carácter de la política, y las Asambleas se verían compuestas solo de hombres aptos, patriotas é incorruptibles.

---

La experiencia nos enseña que no es bueno usar palabras descompasadas ó altisonantes para convencer á los niños de la superior sabiduría de su maestro. Semejante curso puede adoptarse alguna vez para imponerse á los alumnos y para ayudar á la conservación del orden; pero es, con frecuencia, solo un efecto de la vanidad. En todo caso debe abandonarse este sistema, pues no produce provecho alguno. Los niños ven pronto á través de la apariencia, y desprecian al maestro que pretende ser mas instruido de lo que realmente es. La sencillez en las maneras y en el lenguaje pone al profesor á nivel de la sencillez de los niños, y le habilita para trabajar con mas provecho como educador. Hay algunos que nunca se convencen de esta verdad y continúan siempre separados de sus alumnos por esa distancia: nunca harán de estos buenos maestros.

---

### **El piano y la música bajo el punto de vista educativo**

A las niñas de posición les es indispensable tener *maestro de piano*.

¿Para qué, para aprender música?

No, señor, para aprender á tocar el piano.

Nuestras niñas, sería mal dicho; pero muchas de nuestras niñas empiezan á la edad de seis años para no concluir nunca, á dedicar seis ú ocho horas diarias al instrumento fatal.

Hace muy pocos días nos encontramos con una niña, hábil pianista, aplaudida en algunos de los conciertos de la sociedad elegante montevideana, y niña instruida, para la cual los fenómenos comunes de la física y las causas que los producen no son un impenetrable secreto. La conversación giró sobre algunos fenómenos acústicos y vino á particularizarse en los sonidos producidos por las vibraciones de las cuerdas.



Esa niña que consagra desde hace mas de *seis* años seis ú ocho horas diarias al piano, que mantiene un profesor de nota; ignoraba absolutamente qué parte toca á las cuerdas en la produccion de los sonidos del instrumento que maneja; ignoraba la importancia de la caja del instrumento y la influencia que la tension, diámetro, densidad y largo de las cuerdas pueden ejercer en el sonido, del cual conocía regularmente las propiedades y las leyes de su propagacion, cosas todas de las que sus maestros de piano jamás le habian dicho nada.

¿Es esto lo que cuesta tanto á los padres de familia y especialmente á *las pianistas?*

Convengamos, al menos, en que ejemplo presentado está muy lejos de constituir el caso de una *educacion musical*.

Quienes así estudian y aprenden á tocar el piano, jamás serán pianistas, serán máquinas para tocarlo, lo tocarán con mas ó menos precision, pero serán incapaces de producir nada y cobrarán horror al instrumento de su tortura llamado piano, el día que otra dé mas latitud á la mecánica.

Esta y no otra es 'a causa por que las señoritas despues de brillar en los conciertos de nuestros salones y teatros, repudian el piano apenas se casan y no conservan de él mas que el recuerdo de las amargas horas consagradas á su estudio y robadas á la felicidad de la infancia.

Conocemos perfectamente lo infructuoso de estas líneas y las escribimos solamente á título de protesta contra un sistema de enseñanza musical que no responde al estado actual de la educacion en la República, ni al rango de nuestros profesores de música.

BLAS.

### Los nidos y la utilidad de los pájaros

(Extracto de una leccion sobre objetos)

- ¿De qué debemos hablar esta tarde, Luisito?
- De los nidos
- ¿Qué es un nido?
- Es una especie de cestita donde los pájaros ponen y crian á sus hijitos.
- Compare Vd. el nido á algo perteneciente al hombre.
- El nido es para el avecilla lo que la casa para el hombre.
- Sí, excepcion de que el hombre habita por lo general su casa hasta que muere, mientras que muchos pajarrillos abandonan sus nidos tan pronto como sus pequeñuelos son bastante crecidos para por sí mismos buscarse su alimento. Arturo, en invierno ¿hay pájaros?



—Sí, señor; hay pechos-colorados, alondras, cuervos, urracas, pinzones.....

—¿Conoce Vd. algunos mas, Alejandro?

—Las golondrinas.

—¿Opina Vd. como su compañero, César?

—No señor; en invierno no hay golondrinas.

—Por qué, acaso mueren?

—Porque temen mucho al frio.

—Es cierto; pero hay otra razon: de qué se alimentan las golondrinas?

—De moscas y moscardones.

—¿Hay durante el invierno de esta clase de insectos?

—No; y las golondrinas morirían de hambre si permaneciesen en el país.

—¿Cuándo empieza la primavera, Carlos?

—El 21 de Setiembre.

—¿Qué observan VV. en la campaña durante este tiempo?

—Los árboles florecen y se llenan de hojas, y crece la hierba de los ampos.

—Y entónces, los pájaros ¿qué hacen?

—Construyen sus nidos.

—En efecto, en esta época es cuando se ve esparcirse por la campaña grandes bandadas de estos diminutos industriales; los unos se hacen carpinteros ó albañiles, los otros tejedores ó cesteros. Las crines caidas ó arrancadas de las colas de los caballos, la lana perdida por las ovejitas, las plumas, las briznas de paja y de heno, todo es recojido por nuestros obreros que con estos materiales construyen mil pequeñas obras maestras elegantes y graciosas. Vds. conocen estos trabajadores ¿no es cierto? son los pájaros. Cuando cada nido hállase construido, la hembra deposita huevos y los empolla miéntras que el macho va á buscarle alimento y la agasaja con sus cantos; á la sazón es cuando se oyen esos conciertos melodiosos de los brillantes músicos de las florestas, tales como el ruiseñor, la calandria y el cardenal. En fin, los pequeños nacen y rompen el cascaron. Oh! entonces no hay reposo para el padre ni para la madre; la caza de la oruga, del mosquito y de otra multitud de insectos perjudiciales empieza á fin de alimentar á la hambrienta nidada. Lo que cada pájaro destruye por dia sobrepasa á todo cálculo; así se han encontrado en el vientre de un vencejo los desechos de 543 insectos que habia comido en un solo dia, y se ha calculado que esta ave diariamente salvaba, por término medio, 3200 granos de trigo y 1500 granos de uva.

—Miguel ¿cuáles son los enemigos de los pájaros?

—Las víboras, las culebras, las serpientes.

—¿Quiénes más?

—Las ardillas

—¿Quiénes más aun, en los países cálidos, por ejemplo?

—Los monos.

—Es verdad; pero Vds. han olvidado los más terribles. Sabe Vd. de quién quiero hablar, Dionisio?



—De los buscadores de nidos: hé aquí los grandes enemigos de los pájaros. Varios cálculos han probado que en Francia se destruyen 100 millones de huevos por año; cifra aterradora si se piensa en la gran cantidad de insectos que habrían podido exterminar los pajarillos producidos por esos huevos. ¿A qué semejante destrucción? Ella no tiene ningún objeto. ¿Qué se hace con los huevos de las avecitas? Nada. Los niños, más que nadie, son los que hacen la guerra á estos animalitos que recrean al hombre con sus cantos y su hermosura. Los muchachos los destruyen á millares. Gentes razonables mal aconsejadas á veces, fomentan este desirozo comprando los huevos á los buscadores de nidos: estas gentes cometen un error enorme, porque los buscadores deberían ser severamente castigados. Dígame Vd., Juan, ¿serán felices los pájaros enjaulados?

—No, señor; ellos se aburren, se fastidian.

—En efecto, su fastidio es tanto y tan grande, que muchas veces les produce la muerte. Si se os encerrase en un cuartito muy bello, bien tapizado, donde se os diese tantos dulces y confites como quisieseis, pero de donde se os impidiera salir, ¿creeis que seriais felices, vosotros que tanto gustais de correr y saltar? No; ¿es cierto? pues bien, lo mismo les pasa á las avecitas.

Ademas, si no hubiera pájaros, las cosechas serían devastadas por tremendas huestes de insectos; careceríamos de pan, de vino, de frutas; todo sería destruído, todo sería devorado. Creedme, amiguitos míos; amad á esos pequeños seres que son nuestros celosos servidores, respetad sus nidos y no olvidéis que *si los pájaros pueden vivir sin los hombres, los hombres no podrían existir sin los pájaros.*

---

## VARIEDADES

---

### Un maestro de antaño

(FRAGMENTO DE LAS «MEMORIAS INÉDITAS DEL BACHILLER PADEAYA», QUE SE PUBLICARÁN ÍNTEGRAS DESPUES DE SU MUERTE.)

Tócame retratar ahora (dice el Bachiller, comenzando el segundo cuaderno de su manuscrito) á otro de los personajes de



mayor bulto y trascendencia que figuran en la historia de mi niñez; al más caracterizado sin duda alguna, despues de los autores de mis días, del cura que me bautizó y de mis once amas; al que sigue, en el orden de estos recuerdos casi fantásticos á aquellos músicos de la capilla de la catedral, que casi todas las noches iban de concierto y jolgorio á mi casa, convidados por mi buen padre; al que roturó, digámoslo así, la tierra virgen, y luego mártir, de mi inteligencia y de mi memoria, y echó en los surcos abiertos por la palmeta y las disciplinas, la primera simiente de los llamados conocimientos humanos; á mi único maestro oficial de lectura, escritura, cuentas, religion, geografía y demas cosas que diré en su lugar oportuno; al ilustre SARGENTO CLAVIJO, en fin, que santa gloria haya, y que de seguro estará en ella, no diré de patas o á pié, pues esto no le satisfaría, pero sí á caballo, como Santiago y San Jorge; que tal fué siempre su postura favorita en este planeta de tres al cuarto, que llamamos mundo.

Paréceme que lo estoy viendo...., no á caballo precisamente, pues yo lo conocí ya apeado, sino paseándose sobre los ladrillos de la escuela, como un rey sin trono, y alguna que otra vez en burra, camino de su viña. . . .—Era á la sazón más paisano que militar y más eclesiástico que lego. . . . Había llegado á mi muy amada ciudad natal (Jaen), en los últimos años del Rey Absoluto, desempeñando el cargo, casi siempre honroso, de mayordomo de un señor Chantre; y, por muerte de tal Prebendado, heredó aquella viña, un olivar y algunos maravedises, con los cuales puso la escuela. . . . Antes de mayordomó, cuando el Dignidad era todavía simple Canónigo de Leon, Clavijo habia desempeñado otra escuela en Astorga, en la Roma de los maragatos. . . .—Constaban documentalmente su nacimiento, bautismo y confirmacion, verificados en no sé qué villa de Astúrias, así como que habia hecho toda la guerra de ia Independencia, y llegado, desde humilde ranchero, á sargento segundo de caballería. . . . Tenia una hermosa cicatriz en la frente, y, al pecho, la cruz de yo no sé qué cosa. . . . Los mismos conocimientos culinarios que le proporcionaron la plaza de ranchero de su escuadron debieron de elevarlo, andando el tiempo, á la mayordomía del capitular, hombre que se cuidaba hasta cierto punto; pero lo que áun no he podido averiguar ni discernir es en virtud de qué conocimientos de otra especie fué maestro de escuela dos largos periodos de su vida. . . . Decíase, por último, que en Leon estuvo casado siete meses con una antigua sobrina del Chantre, la cual murió de parto, anticipado segun los amigos de su merced, y muy de tiempo, segun los enemigos. . . .

Paréceme que lo estoy viendo (vuelvo á decir).... Había nacido en 1788, como lord Byron, y, por consiguiente, tenía cincuenta años cuando á mí me pusieron en su escuela. Érase alto y recio, aunque no gordo, y su rostro, atezado y vulgar, resultaba grave y hasta digno, merced á una larga y porruda nariz, de las llamadas borbónicas, y, sobre todo, á un enorme tupé entrecano, que hubie-



ran visto con envidia Larra, Martínez de la Rosa y demás elegantes de aquel tiempo. Su vestimenta en la clase, desde el día de San Antonio hasta el de San Miguel, reducíase á un cumplidísimo pantalon de hilo oscuro, que le llegaba hasta cerca de la barba, colgado de los hombros por medio de dos tirantes de vando, y provisto de un amplio portalon, del tamaño y forma de aquella compuerta que comunica algunos comedores con la cocina, y que se baja á guisa de mesa, para servir las viandas con mayor comodidad y más calientes.... Y digo que su traje se reducía al tal pantalon, porque en verano andaba siempre en mangas de camisa y sin chaleco, aunque sí con la clásica y descomunal corbata de ballena, que entónces era de rigor, y que, á mi juicio, sugirió á los criminalistas la idea de sustituir la horca con el garrote. En invierno vestía otro pantalon por el estilo, de paño de Ohanes; chaleco de seda, rameado, de vivos colores, y levita negra, muy alta de cuello, muy larga de faldones y muy estrecha de mangas, aunque no de puños. La corbata era siempre igual y como inamovible, tanto que yo creo que dormía con ella. Usaba en todo tiempo recias botas negras de alto cañon, que lucía mucho, por llevar constantemente doblados los perniles de los pantalones, y no recuerdo haberle visto nunca, en ninguna estacion, sitio ni hora, sin un pañuelo de los llamados de hierbas, de vara y media en cuadro, echado sobre el hombro izquierdo á manera de alforjas, sin duda porque no había ni podía haber bolsillo en que cupiése tan hermosa pieza. No fumaba el antiguo sargento, pero sí tomaba mucho polvo, y cuando se sonaba las narices parecía que se hundía el mundo, y todos los muchachos quedábamos inmóviles, como soldados que oyen la voz de *¡firmes!* ¡tal estruendo hacia el santo varon! Su voz era tambien estentórea, aunque descubría, en sus raptos de furia, alguna que otra nota de vieja. Tenía afeitada toda la cara, exceptuando el comienzo de las patillas. Pisaba muy ruidoso, á causa de los grandes clavos que orlaban las suelas de sus botas, y ufanábase de no gastar antiparras ni haber tenido nunca sabañones. En cambio, llevaba en los piés todo un almanaque de callos, que le anunciaban los cambios atmosféricos con tres dias de anticipacion, y tenía cierta quebradura ó hernia inguinal (*quebrancia* le llamaba él), equivalente á un termómetro, un barómetro y un higrómetro, instrumentos que no le eran conocidos, y que, ni aún en el caso de conocerlos, le hubieran librado de la tal hernia....

Con que, vamos á clase; es decir, estudiemos á nuestro hombre en el pleno ejercicio de su magisterio.

## II

Pasábamos de ciento veinte los *jóvenes amables* que nos dirigíamos por aquel camino al *templo de Minerva*.—Costaba una peseta al mes á los pudientes, y dos reales á los pobres, recibir el pan intelectual, en forma de palmetazos, de manos del *Sargento Clavijo*, á quien las autoridades y otras personas circunspectas



solían denominar *Don Carmelo*.—Por la mañana se entraba en clase á las ocho, lo mismo en Diciembre que en Junio, y se salía á las doce, y por la tarde se entraba á las tres y se salía á las cinco.—Los jueves solo había escuela por la mañana.

Voy á ver si recuerdo todas las vacaciones del año: Diez y nueve dias de Pascuas de Navidad, ó sea desde Santo Tomás Apóstol hasta Reyes; siete de Carnaval, desde el Juéves *lardero* hasta el Miércoles de Ceniza; doce de Semana Santa, desde el Viérnes de Dolores hasta el Mártes de Pascua de Resurreccion (todos inclusive); tres de Pascua de Pentecostés; once de ferias; tres de Jubileo de la Porciúncula, y sobre ciento de *misa*, entre domingos, fiestas y santos que sólo traian *mano* en el almanaque (y que son los que despues ha declarado Roma *no de precepto*): total, ciento cincuenta y un dias de huelga, sin contar la entrada ó proximidad de los *facciosos*, la recepcion del nuevo obispo, las romerías tradicionales, la llegada de un batallon con música, las elecciones, las rogativas, el exorcismo á la langosta, las grandes nevadas, los *días* y cumpleaños del padre, de la madre, de los abuelos, de los hermanos, de los tios, de los padrinos y de la ex-ama de leche, de cada alumno, por lo que respectaba al alumno mismo, y sus propios dias, cumpleaños, sarampion, escarlatina, viruelas, alfombrilla, catarros, indigestiones, aporreaduras, lutos y repentino destrozo del pantalon ó de la chaqueta....—Pongamos, pues, la mitad del año, y es cuenta redonda.

Pero voy extendiéndome á hablar de cosas comunes á la mayoría de las escuelas de aquellos tiempos, cuando debo circunscribirme á las especialidades de la de mi ex-sargento segundo....

El buen don Carmelo Clavijo tenía muy buena letra, aunque demasiado gorda y anticuada: letra de canciller del siglo XVII. En cuentas no era ningun Pitágoras; pero á enseñarnos á serlo, como algunos lo fuimos, ayudábale su *pasante*, pupilero y oráculo, el Sr. Frasquito Sarmiento, antiguo escribiente de la *Administracion de Millones*, y capaz de contarle los pelos al demonio. De lo demas que sabia nuestro héroe trataré en capítulo aparte, cuando examine el programa y los textos semi-vivos y semi-muertos de su escuela.

Cinco eran allí los castigos ó sanciones penales de la enseñanza: 1.º, ponerse de rodillas; 2.º, correazos *sobre* la ropa; 3.º, palmatazos; 4.º, llevar colgado al cuello ¡todo un dia! cierto carton en que estaba pintado un *burro*, y 5.º, azotes, ó sea disciplinazos, que llamaré *pajareros*, por ir este adjetivo pegado al *innominable* (por no decir *inefable*) sustantivo con que se designaba allí, y áun suele designarse en la vida doméstica, la parte del cuerpo.... infantil que los recibía. La correa ó correas (pues habia dos) eran de lo mas recio que se conoce en materia de pieles, y una tenía D. Carmelo y otra el Sr. Frasquito.—La palmeta, primorosamente tallada y torneada en madera de álamo negro, que es de las más fibrosas y ménos quebradizas, ostentaba los cinco agujeros de rigor, en recuerdo de las cinco llagas del Salvador del mundo, y su manejo correspondia exclusivamente al Jefe de la clase. El



birro había sido dibujado por la señora de Sarmiento. Y, en fin, los azotes se administraban, tomando á costas un adulto al *recipiente ó receptor* (pues no cabe llamarle *recipiendario*), bajándole los calzones, y dándole otro adulto con las disciplinas.... Ambos oficios, el de picota y el de verdugo, eran muy codiciados y sólo se concedían al mérito notorio. Las disciplinas se diferenciaban muy poco de las que usan los ascetas; pero tenían la desventaja de no ser esgrimidas por mano propia.

No tacharé, sin embargo, de cruel al maestro Clavijo... ¡Mucho más lo era el pasante! El antiguo sargento distinguíase, por el contrario, como hombre sensible y cariñoso, y recuerdo innumerables rasgos suyos de ternura verdaderamente maternal (que no paternal) con los muchachos, sobre todo con los pequeñuelos. V. gr.: Cuando alguno de éstos era víctima de también *inefables ó inominables* descuidos propios de la infancia, él mismo lo metía en la pila, sacaba agua del pozo, lavábalo como una niñera, enjuagábase luego la ropa, tendíala al sol para que se secara, y en el interin acostábalo entre las dos zaleas que hacían veces de alfombra en la Presidencia y en la Vicepresidencia, si era invierno, y si era verano cubríalo con su moquero de seis cuartas...

Las tardes de canícula presentaba la escuela un cuadro digno de los pintores flamencos de costumbres, ó de que entónces hubiera habido fotógrafos.—Debía ser cosa convenida entre el maestro y el pasante, que cada uno de ellos dormiría la siesta una de las dos horas que duraba la clase vespertina; el maestro de tres á cuatro y el pasante de cuatro á cinco. Mas para ello requeríase ante todo que calláramos ciento veinte muchachos durante aquellas dos horas.... y hé aquí cómo se lograba este milagro.—Recostábase don Carmelo en su sillón de vaqueta, y el Sr. Frasquito comenzaba á dar paseos de tigre enjaulado, rápidos y de puntillas, por el único y vastísimo salón (antiguo alhorí) que servía de aula.—¡A callar! gritaba en cuanto el dómine bajaba los párpados, y ya no permitía á ningún niño ni mojar la pluma, ni volver la hoja del libro en que leía, ni rebullirse, ni mirar á nadie ni á nada.... Dormíanse todos, por consiguiente, ó aparentaban dormirse, y si alguno abría los ojos ó la boca, ya estaba encima el Sr. Frasquito, amenazándole con la correa hasta que los cerraba. Libres y aseguradas de impunidad las moscas, su largo y monótono zumbido era entónces la única voz que sonaba en la escuela, aparte de los ronquidos del benemérito asturiano, cuya alma en aquel momento recorría los campos de batalla de Talavera, Ciudad-Rodrigo y Vitoria... Daba luego la recíproca el maestro al pasante, y á las cinco en punto acabábanse simultáneamente la clase y las siestas.—No podían, empero, llamarse á engaño los padres de los chicos, puesto que también habían logrado que éstos les dejasen dormir; y no para otra cosa obligaban tiránicamente al sargento Clavijo á que tuviese escuela las tardes de canícula, contra la antigua y buena práctica andaluza.

Los sábados dirigía siempre el maestro un ligero sermón á sus regocijados discípulos, momentos ántes de darles suelta por trein-



ta y nueve horas. Ya se había cantado la Salve, y cada arrapiezo tenía su gorra en la mano (soñando con todo lo que iba á diablear el domingo, desde que Dios echase sus luces hasta bien entrada la noche), cuando D. Carmelo daba un porrazo sobre su mesa, en señal de atencion, y decía: «Señores: mañana es domingo, día de misa de precepto: no hay clase. Oigan ustedes misa mayor en su respectiva parroquia, y además todas las que puedan, pues las almas del purgatorio no reciben otro consuelo que el que nosotros les enviamos. Traten con respeto y obediencia á sus padres, á los mayores en edad, saber y gobierno, y á las personas de suposicion. Besen la mano á los sacerdotes que encuentren en la calle, y socorran á los pobrecitos con los cuartos que hubiesen de gastar en dulces. Por la tarde vayan ustedes á la novena... tal, y al oscurecer, al rosario. Y, en fin, vengan el lunes con muchos ánimos de hacerse pronto hombres útiles á sus familias y á la patria. Vayan ustedes con Dios.»

Algunos sábados añadía en tono confidencial: «Señores: se está acabando la tinta; traigan ustedes el lunes un cuarto, los que puedan, y los que no, procúrense caparrosa y agallas. En el jardín del Marqués de Tal hay un hermosísimo ciprés, y el jardinero les permitirá que cojan los gálbulos que haya derribado el aire.»

El penúltimo día de cada mes, aunque no fuera sábado, pronunciaba también algunas frases monitorias. «Señores, decía, recuerden ustedes á sus padres que este mes *trae treinta* (ó veintiocho ó veintinueve, ó bien, que mañana es 31), y que, por lo tanto hay que venir á la escuela con el dinero para el pobre maestro, el cual celebraría mucho ser rico y poder enseñar á ustedes de balde.»

Y en fin, desde 1<sup>o</sup> de Noviembre comenzaba á pregonar este otro bando: «Señores: se acerca el día de la Purísima Concepcion, patrona de las escuelas. Hay que traer colgaduras, cera, flores de trapo, candeleros, cornucopias, dulces, castañas, frutas secas, garbanzos tostados y demás, para la gran funcion religiosa, con refresco y todo, que habrá aquí dicho día, y á que vendrán únicamente aquellos de ustedes que sean buenos y aplicados. También los exhorto á que vayan reuniéndose los domingos en la noche y ensayando los coros á María Santísima, cuya letra y música conoce todo el mundo.—¡Es menester que nuestra funcion eclipse la de todas las escuelas de Astorga... dende se hacen con especial magnificencia!»

¡Astorga! ¿Qué nos importaba á nosotros eclipsar á gentes de un país tan distante del nuestro?—Pero á don Carmelo le importaba mucho. ¡Don Carmelo tenía sus pasiones en el particular! ¡Don Carmelo no olvidaba nunca ningun capítulo de su pasada historia! ¡Don Carmelo era un hombre esencialmente retrospectivo!

### III

Pasemos ahora revista, como anunciamos ántes, á las asiguaturas y textos de aquella famosísima Academia de 1.<sup>a</sup> enseñanza,



donde aprendieron á leer y medio escribir, muchos que han sido luego jueces, promotores, médicos, boticarios, canónigos, catedráticos y hasta periodistas.

Comenzábase por el *Jesus ó Abecedario*. (JESUS era entónces la primera palabra que profería el niño al comenzar á civilizarse. Despues seguía la primera letra del alfabeto.)

Pasábase luego al *Silabario* y á aprender de viva voz, y hasta con música, todo el *Catecismo* del Padre Ripalda.—Por cierto que al llegar á la pregunta: «*Decid, niño: ¿cómo os llamais?*», costaba á algunos mucho trabajo responder al tenor del libro: «*Pedro, Juan, Francisco, etc.*», y respondían: *Valentin, Manuel, Bonifacio*, ó como quiera que se llamaban.

Entrábase á continuacion á leer en el *Libro de obligaciones del hombre*; en seguida en *El Amigo de los Niños*, y finalmente, en *El Fleury* (sic), tres obras notables, que nos enteraban de lo poco ó mucho que contenían, sin que don Carmelo se metiese nunca á poner ni quitar, ni á explicar ó comentar cosa alguna.—¿Qué tenía él que ver con tantas cosas del Antiguo y del Nuevo Testamento como trae á colacion, en su célebre *Catecismo histórico*, el preceptor de los hijos y nietos de Luis XIV?

En punto á *Aritmética*, no era el maestro, sino el pasante, quien nos enseñaba hasta cuentas de *proporcion* y de *compañía*, y recuerdo que, para sacar esta última, había que llenar de rayas y guarismos todo un pliego de papel de barbas....—¿De qué me han valido los laureles que alcancé en este punto?—Pero ¿qué sabía entonces nadie, ni yo mismo, si mi porvenir era ó no de banquero?—¡Hicieron, pues, divinamente en enseñarme á manejar ó contar millones, billones y trillones!

Nuestro muestrario para escribir debíase á la peripecia caligráfica del propio D. Carmelo, á cuya letra sigue pareciéndose mucho la mía y la de todos los que frecuentaron su escuela. También nos enseñaba á *reglar* papel con un plomo sobre las *pautas* de madera y alambre; mas, por lo que toca á *Ortografía* y *Gramática castellana*, nos dejaba en el estado de la inocencia y dueños absolutos de nuestras acciones. ¡El héroe de Bailén y de los Arapiles no había sospechado siquiera que existiesen reglas y trabas para la escritura, despues de tanta sangre como les había costado á los españoles su *independencia*!

En compensacion, algunas tardes de invierno (indudablemente en los grandes aniversarios de aquella gigantesca lucha), el antiguo soldado sentía como nostalgia de los campamentos y de las lides, y, despues de referirnos varios combates, y sobre todo aquel en que lo hirieron y ganó la cruz, nos decía:

—¡Vaya, caballeros, de todo conviene saber un poco! Voy á dar á ustedes otra leccioncita de equitacion.

¡Era de ver entónces la escuela! Todos los muchachos soltábamos plumas, libros y papeles, y nos colocábamos de un lado de las extensísimas y achaflanadas mesas de escribir, muy parecidas á largos caballos, y que de tales servían en semejantes ocasiones.

—¡Pié en el estribo!...—gritaba el maestro.



Todos poníamos la mano derecha sobre la mesa correspondiente y el pié izquierdo sobre el banco que de ella nos separaba.

—¡Una!—seguida mandando D. Carmelo.

Todos nos alzábamos hasta quedar enhiestos sobre el pié apoyado en el banco-estribo y con la pierna derecha colgando al aire....

—¡Dos!

Todos extendíamos la pierna derecha á lo largo del lomo de aquel prolongado y doble pupitre....

—¡Tres!

Todos pasábamos la pierna derecha al lado opuesto, y quedábamos á caballo sobre la mesa.

—¡Magnífico!—exclamaba fuera de sí el veterano, blandiendo la palmeta sobre invisibles enemigos.—¡A ellos, muchachos, á ellos! ¡A paso de carga! ¡Viva Dios! ¡Viva España! ¡Viva Fernando VII! ¡Viva la independencia española!

Entonces hacíamos todos como si cabalgáramos en un corcel á galope; principiábamos á mecernos de atrás para adelante, golpeando la mesa con las posaderas, y manoteando como si blandiésemos espadas ó lanzas, y excusado es decir que libros, papeles, plumas, tinteros, todo rodaba ó saltaba que era una bendición de Dios, hasta que el sargento Clavijo, asustado de su propio triunfo, daba la orden de

—¡Alto la carga!

Figúrese cualquiera qué habría sido, entre tanto, de los pantalones claros de color, y el asombro y furia de las madres al ver llegar á sus hijos con toda la horcajadura llena de tinta...—Felizmente, tales escenas ocurrían en invierno, como dejo dicho, y casi todos los escolares llevábamos pantalones de paño oscuro.—¡Y de un modo ó de otro, los franceses habían sido pulverizados!

Réstame hablar un poco de la asignatura de *Geografía*.

Dos textos, guardados como oro en paño, tenía D. Carmelo para instruirnos en esta ciencia, y éranse dos *listas manuscritas*, no sé por quién ni cuándo, que se nos leían todos los viernes para que las aprendiésemos de memoria.

Comenzaba la una diciendo:

«*Tiene este reino de España ciento cuarenta CIUDADES, que son: En el Reino de CASTILLA LA NUEVA, tal y cual; en el Reino de NAVARRA, esta y la otra; etc., etc., y que concluía (lo recuerdo perfectamente) por este rabillo: «En el SEÑORIO DE VIZCAYA, Orduña.»*

¡Y nada acerca de ríos, ni de montañas, ni de límites, ni de ninguna otra particularidad del territorio español! ¡Nada tampoco de la actual division por provincias, ya realizada entónces! ¡Ni tan siquiera se nombraba á Madrid! ¡Para qué, si no era *ciudad*?—En cambio, justo es decirlo, los que allí estudiamos sabemos hoy perfectamente y podemos lucirnos en cualquier tertulia diciéndo de golpé qué poblaciones de España son *ciudades* y cuáles no. ¡Hemos cantado la lista tantas veces!

Pero vamos al segundo texto geográfico de D. Carmelo.



—Decía así literalmente, y creo que no era poco decir:

«Lista de las CORTES de los más principales reinos y soberanos europeos:

«MADRID, de España.—PARÍS, de Francia.—LISBOA, de Portugal.—LÓNDRES, de Inglaterra.—VIENA, de Alemania.—ROMA, de Italia.—NÁPOLES, de Nápoles.—VARSOVIA, de Polonia.—BERLIN, de Prusia.—CONSTANTINOPLA, de Turquía.—COPENHAGUE, de Dinamarca.—ESTOKOLMO, de Suecia.—SAN PETERSBURGO, de Rusia.—PRAGA, de Bohemia.—HAYA, de Holanda.—BUDA, de Hungría.»

Tal era la division política de Europa que se enseñaba en aquella escuela el año de gracia de 1838, y que, segun mis noticias, siguió enseñándose otra docena de años.

Sali yo, pues, de manos del sargento Clavijo con una Europa casi fantástica dentro de la cabeza, y sin conocer las reglas de mi lengua patria; y, cuasi ya no necesitara estudiar mas acerca de lo presente pasé á una clase de latin á estudiar lo pasado, á aprender una lengua muerta, á enterarme de las guerras púnicas ó de las maldades de Catilina, y á divertirme traduciendo liviandades de la poesia romana.

¡Figuraos, por consiguiente, mi asombro, y tambien mi admiracion al *tupé* moral del buen D. Carmelo, cada vez que oyese decir y sostener, y probar hasta la evidencia á tal ó cual lectorcillo de *El Eco del Comercio*, las siguientes verdades: 1.<sup>o</sup>, que desde 1806 Viena no era la capital de Alemania; 2.<sup>o</sup>, que existia en Europa un imperio de Austria, de que yo no tenia noticia; 3.<sup>o</sup>, que ni en Roma vivia el Soberano de Italia, ni habia tal *Italia* en el mundo político, como lo demostraba aquello mismo de «NÁPOLES, de Nápoles»; 4.<sup>o</sup> que Polonia fué despedazada en 1792 y 1793, y dejó de existir en 1795, sin que le hiciese resucitar como Estado su heroica lucha de 1830; 5.<sup>o</sup>, que Bohemia, desde 1556, no pasaba de ser una de tantas provincias austriacas, y que, por consecuencia, todo lo relativo á tal reino, á su córte y á su soberano caia por su base; 6.<sup>o</sup>, que no otra cosa pasaba con la pobre Hungría, sierva tambien entónces del Emperapor austriaco, á pesar de todos los magyares antiguos y modernos.... y 7.<sup>o</sup>, que, en cambio, existian en Europa, aunque no en la *lista* del sargento Clavijo, un reino de Piamonte, otro de Grecia y otro de Bélgica, dignos ciertamente de ser mencionados en las clases de Geografía de las escuelas públicas!

Pues ¡áun hay más!—A modo de posdata de aquella galería de nacionalidades muertas y ensangrentadas, leíase este singularísimo apunte, que mucho me dió que pensar, por entónces:

«NOTA.—Se ha descubierto una nueva *Parte del mundo*, á la que se ha puesto el nombre de OCEANIA.»

¡Qué enormidad de apéndice! ¡Qué majestad en la incongruencia! ¡Qué lisura, qué desenfado, y que embuste tan delicioso!

Porque lo cierto es, como sabrán todos los que hayan estudiado en escuelas ménos peregrinas, que ni en 1838 acababa de descubrirse ninguna *Parte del Mundo*, ni tampoco fué entónces



cuando se puso el nombre colectivo de OCEANIA á las islas del gran Océano que no cabía asignar al Asia ó á la América. Inventaron tal *nombre* los geógrafos á principios del siglo actual, y entre las tales islas figuraban muchísimas descubiertas por Magallanes, Van Diemen y otros navegantes de los siglos XVI, XVII y XVIII....

Pero, aun así y todo, ¡qué naturalidad, que frescura salvaje, que gracia bucólica habia en aquella errónea y trasnochada *posdata* referente á toda una PARTE DEL MUNDO! ¡Ah! yo me enorgullezco de haber aprendido algo en semejantes condiciones, de haber tenido tantas ideas falsas, de haber estado en tantos errores! ¡Figúraseme, cuando pienso en ello, como que he vivido en dos planetas ó en dos siglos muy apartados el uno del otro; que he estado en dos mundos, que he existido dos veces; como acontecerá al que cambia de religion ó al que se casa en segundas nupcias! Por lo demás, permítaseme decir desde ultratumba que me parece mucho más poético aquel modo de ser, en que no sabian las gentes por dónde andaban, ni lo que ocurría mas allá del anillo de su horizonte, que este otro, en que cualquier mocoso es capaz de decirle á uno cuántos lunares tiene en la rabadilla el Primer Ministro del Celeste Imperio.

## IV

Ni una palabra más acerca del sargento Clavijo, considerado como profesor de primeras letras, y ¡bien sabe Dios que no ha sido mi ánimo zaherirlo en estos renglones, sinó hacer su elogio hasta cierto punto!—¿Tenía él la culpa de no ser un sabio? Y ¿podía enseñarse más y mejor sabiendo ménos? ¿Llegaría nadie á ser maestro de escuela con tan cortas luces y pocas humanidades?—¿Qué digo pocas? ¡El no tenía más que una, la que manda Cristo, la *humanidad*, que también se llama *amor al prójimo*!—Y ¿cabe negar mérito á la hercúlea tarea de meterse á enseñar sin saber nada? ¿No revela esto, cuando menos, grandísima fuerza de voluntad, conocimiento del corazón humano, ó profundo y filosófico desden á la sabiduría? Desconocerá álguien que Sócrates, el ilustre, el insigne, el incomparable maestro de Platon y Antísthenes, *acabó* por donde *empezó* el sargento Clavijo, esto es, reconociendo que *no sabia nada*, ó, por mejor decir, que en el mundo *no habia nada que saber ni que enseñar*?

¡Descanse, pues, tranquilamente mi respetable y querido maestro, el aliado de mi inocencia, el cómplice de mi ignorancia!—A la edad de setenta años, y cuando yo tenía ya veinticinco y rodaba por el mundo, dejó la instruccion pública y se retiró á la vida privada. Un verano, que fui á mi siempre grata ciudad natal (Jaen), á desaturdirme de las vanidades de la corte y á visitar los pobres majuelos que heredé de mis padres, topé con *él* en un solitario camino. Iba caballero en la más alegre y lustrosa borrica que haya podido nunca reemplazar sin desventaja á un troton de



guerra. Llevábala enjaezada con estribos, bocado y todo, como si fuese el más brioso corcel, y la ilusión habría sido completa sin el cesto de uvas y de higos, cubiertos de pámpanos, que sujetaba sobre el arzon con el brazo derecho...

¡Muy viejo estaba!... pero risueño y tranquilo. Lo reconocí en el acto, y él lloró de júbilo al enterarse de quién era yo. Díome á probar sus higos y uvas, y nos separamos para siempre.

Murió tan digna y feliz persona pocos meses despues, y de seguro que inmediatamente subió al cielo, donde como ya he dicho, no podrían ménos de colocarle entre los grandes héroes de á caballo, sin tener para nada en cuenta la parte literaria y pedagógica de su vida.—Mientras tanto, habia yo vuelto á la córte, ó sea á mis cuarteles de invierno, y hasta dos ó tres años más tarde, que regresé á mi pueblo á vender unas viñas, no supe que el antiguo maestro de primeras letras sólo vivía ya en la memoria de sus discípulos.

*Por copia.*

P. A. ALARCON.

Valdemoro, 30 de Setiembre de 1881.

---

### Noticias escolares

Durante el curso de 1881, en las diez Universidades españolas estudiaron 16,874 alumnos (1360 más que el año anterior), en la forma siguiente:

Medicina, 1,817; derecho, 6,409; farmacia, 2,169; ciencias, 881, y filosofía y letras, 598. Ningun país de Europa llegó á estas cifras, pues durante el mismo período, solo hubo 16,000 matriculados en Alemania, 14,170 en Francia, unos 10,000 en Italia, 5,692 en Rusia, 2,220 en Suecia y Noruega, 930 en Portugal, 777 en Bruselas y 150 en Dinamarca.

---

Autorizado por el señor ministro de Fomento, segun vemos en algunos periódicos españoles el diputado Sr. Montilla presentará una enmienda al presupuesto de dicho departamento para que se consigne en él una partida de 100,000 pesetas destinadas á la organización de academias de gimnasia en todos los establecimientos de enseñanza sostenidos por el Estado, y á la creación de una escuela central que facilite los profesores necesarios para el desarrollo de aquel pensamiento.



# BIBLIOGRAFÍA

---

## **Educacion infantil y lecciones de cosas**

Nos permitimos recomendar á los señores Maestros una obrita que acaba de ver la luz pública en la capital de España. Titúlase: *Educacion infantil y lecciones de cosas*, y es su autor el Sr. D. Pedro de Alcántara García, director de los jardines de la Infancia establecidos en Madrid, profesor de Pedagogía en las escuelas normales de ambos sexos de dicha capital y activo y constante propagador de las ideas de Fröbel.

Despues de una ligera introduccion encomiando la importancia de la educacion, de las relaciones de la Pedagogia con la Psicologia y del divorcio que en los estudios pedagógicos se establece entre lo teórico y lo práctico, trata la obra á que aludimos de cuándo y cómo empieza á desarrollarse en el niño la inteligencia; de la enseñanza práctica; de la instruccion; de las lecciones sobre objetos, acompañando un programa y observaciones para un curso graduado de dichas lecciones; del objeto y alcance de las mismas; de los medios auxiliares que cooperan á una buena educacion intuitiva; del niño considerado como agente activo de su educacion, terminando por dar numerosos consejos y ejemplos que ilustran la obra y aclaran el pensamiento de su autor.

---